

ROMA

Mi mayor ambición a los veintidós años era convertirme en director de cine. Dada mi admiración por la escuela neorrealista italiana, me trasladé a Roma, de modo que en el otoño de 1955 mi tren entraba en la Stazione Termini. Ni había buscado alojamiento ni tenía trabajo de ningún tipo, ni siquiera llevaba una carta de presentación; lo que sí tenía era un destino: la Piazza di Spagna, que representaba para mí la quintaesencia del romanticismo romano. Como pensé que la zona inmediata a la plaza era demasiado cara, tomé la Via Due Machelli para alejarme un poco. Justo antes del túnel, al final de la calle, torcí por Via Rasselata, una callecita estrecha, sin pretensiones y poco conocida, y tuve la suerte de encontrar una *pensione* donde quedaba libre un apartamento minúsculo de dos habitaciones y alquiler moderado. Era un quinto piso sin ascensor, lo que probablemente explicaba el precio, pero con un balcón desde el que se divisaba toda la calle. Perfecto. Me instalé enseguida y, lleno de entusiasmo, regresé a la Piazza di Spagna. Allí encontré un restaurante llamado Taverna Margutta, que resultó estar frecuentada por gente del cine, y eso que, para mi sorpresa, los precios eran muy razonables.

Tanto en la Taverna Margutta como en el bar del Hotel Excelsior (donde me enteré de que se reunía también el mundillo cinematográfico) vi a dos de mis héroes: Fellini y De Sica. Preguntaba a todo el mundo qué había que hacer para trabajar en Cinecittà (los estudios de Roma), pero resultó ser difícilísimo. Casi siempre he tenido la suerte de improvisar trabajos nada sencillos

de encontrar, por eso aún me desconcierta la derrota sin paliativos de mis aspiraciones a trabajar en el cine italiano.

Decidido a quedarme en Roma y necesitado de trabajo, no podía hacer otra cosa que enseñar mi idioma, la ocupación de todos los expatriados ingleses y estadounidenses. Las decenas de anuncios que aparecían todas las semanas en *Il Messaggero*, muchos de profesores de Harvard y Yale o de Oxford y Cambridge, tenían los precios por los suelos, por eso puse en práctica una treta que me aportó sorprendentes dividendos. Todos los anuncios, sin excepción, estaban redactados en italiano; yo escribí el mío en inglés. En vez de ganar menos que mis rivales, saqué aproximadamente tres veces más y viví un periodo de bonanza económica. Llegué a tener tantos estudiantes que distribuí muchos entre los amigos.

Como la mayoría de los residentes, recibía la correspondencia a cargo de American Express. Un día, yendo a recoger mis cartas, me fijé en la figura de un hombre pequeño, tocado con una boina negra. Apoyado en un pilar, apretaba una carta con mano temblorosa y las lágrimas le resbalaban por las mejillas. Sentí el impulso de aproximarme para ofrecerle una palabra de consuelo. Él se limitó a tenderme aquellas páginas de papel de avión humedecido.

Resultó ser un poeta estadounidense de nombre Harold Norse. La carta era de un amigo íntimo que había asistido a la fiesta de cumpleaños que Dylan Thomas celebró en Nueva York. Según se decía en ella, Thomas, que había dejado la bebida, la retomó con tantas ganas el día de su cumpleaños que los vapores del alcohol se filtraron en las células de su cerebro. Entró en coma y murió poco después. Con aquel encuentro hice un buen amigo, pues Harold y yo nos reuníamos dos o tres veces por semana y él me prestaba muchos libros de escritores americanos, de los que era buen conocedor. Recuerdo que la obra de Anaïs Nin me produjo una impresión especial. Por aquel entonces estaba inédita en Inglaterra, donde no la conocía nadie.

Harold fue también el responsable inconsciente de un hecho trivial que iba a tener un curioso significado para mi educación. Cuando llegó el momento de mi regreso a Inglaterra, me pi-

dió que echara en Londres una carta para sus agentes literarios, Pearn, Pollinger y Higham, ya que desconfiaba con toda razón del correo italiano. Al llegar a mi país, tuve la idea de llevarla en mano al despacho de los agentes e introducirla yo mismo en el buzón para asegurarme de que la recibían. Dada mi posterior experiencia en materia de agentes literarios, ahora me parece un acto absurdamente piadoso, pero fue significativo.

Cierto domingo, mientras escribía este libro, fui a Isle sur la Sorgue, cerca de Aviñón, con la idea de visitar el mercado de antigüedades que se instala una vez a la semana en el pueblo, donde me encontré por casualidad con un comerciante conocido que me dijo: «Acabo de leer la autobiografía de un poeta americano que habla de ti» (no recordaba el nombre del autor). Al principio, no tenía ni idea de quien hablaba, pero luego caí en la cuenta de que el poeta americano era Harold Norse. Más tarde descubrí el libro, *Memoirs of a Bastard Angel*, publicado por primera vez en Nueva York. Era evidente que se había traducido al francés, por eso lo conocía mi anticuario. La siguiente cita es de un ejemplar de la edición estadounidense:

La única persona que conocí en la *pensione* fue un joven inglés llamado Tom Maschler. Alto, moreno, con una melena negra y lisa y unos ojos despiertos y penetrantes, quería ser director de cine. Mis conocimientos directos de Dylan Thomas, Auden e Isherwood le impresionaron mucho. Como le confesé que estaba en bancarrota, me traía gelatina, rosquillas y café. Enseñaba inglés en clases particulares y tenía tantos alumnos que no daba abasto. Asegurándome que se podía hacer mucho dinero, me ofreció uno o dos. Es más, me dijo: «Pagan cien liras por cabeza». Era un joven de diecinueve años [sic] lleno de alegría y de entusiasmos.

Pues bien, le acepté uno o dos estudiantes, pero no duraron, y sobreviví por otros medios. Mientras tanto, Tom, que había renunciado a su afición por el cine, regresó a Londres, donde no muchos años después, con poco más de veinte, se reveló como el «niño prodigio» de la edición británica, el ca-

rismático editor de Jonathan Cape Ltd. En varias entrevistas aparecidas en publicaciones importantes, atribuyó su interés por el oficio de editor a nuestro encuentro en Roma. En mi calidad de primer escritor publicado que conocía (durante aquella época de vacas flacas le regalé un ejemplar dedicado de mi libro *The Under Sea Mountain*), le encaucé sin saberlo hacia el mundo de la literatura excitando su imaginación con las anécdotas de las celebridades literarias.

Así fue como mi encuentro fortuito con el anticuario francés me devolvió a otro encuentro ocurrido en Roma cincuenta años antes.

PENGUIN BOOKS

La publicación de *Declaration* tuvo la más inesperada de las consecuencias para mí, porque Allen Lane, el fundador de Penguin Books, andaba buscando uno o dos empleados jóvenes, y el éxito de *Declaration* le convenció de que el editor de la obra era la persona ideal. Me invitó a visitarle. Conviene tener en cuenta que Penguin me parecía la innovación editorial más importante del momento debido a que sus libros tenían una virtud única que, por desgracia, han perdido en la actualidad. Al ser la primera que editó en rústica, aumentó sus posibilidades de elegir los títulos; además, el diseño era impecable y daba al libro un aire de calidad. Allen Lane me ofreció el puesto de editor ayudante del departamento de ficción, a las órdenes de Eunice Frost. Una de las cosas que más me satisfizo fue que estuviera dispuesto a pagarme aproximadamente cuatro veces más de lo que ganaba en *chez* Deutsch.

La feliz novedad de Penguin llegó al mismo tiempo que un acontecimiento de lo más triste. Durante unas vacaciones de verano con su familia, Howard Samuel se introdujo en el mar y desapareció. Nadie supo la verdad de lo ocurrido, y aunque parecía absurdo se pensó en el suicidio. Nunca llegamos a intimar –era un hombre que mantenía las distancias con casi todo el mundo–, pero experimenté la sensación de haber perdido un buen amigo.

Eunice Frost trabajaba con Allen Lane desde que él creó Penguin en la cripta de una iglesia. Durante mi permanencia de dos años en la casa nunca vi que Eunice pasara un día en la oficina. Sólo sé que acababa de casarse, por si sirve de explicación.

El caso fue que, a mis veinticinco años, hacía su trabajo y el mío y era el único responsable de la compra de los derechos de unas setenta u ochenta novelas anuales. Ni siquiera disponía de un lector que me ayudara y, para colmo, en la mayoría de los casos desconocía la obra anterior de los autores en cuestión. Yo sólo sabía que un libro Penguin tenía que ser un libro «bueno». Así por ejemplo, rechacé una novedad de Angela Thirkell, y el editor se apresuró a pedir explicaciones por teléfono a Allen Lane. Él me respaldó siempre. A pesar de su genio para la edición nunca fue buen lector, razón por la que no tenía una gran opinión de sí mismo y estaba dispuesto a aceptar mi punto de vista.

No me gustaban demasiado las reediciones, pues si bien son fáciles cuando un libro ha tenido éxito en tapa dura, en caso contrario resulta extremadamente difícil triunfar en la edición rústica. Una de las secciones que me dio mayores alegrías, porque estaba relativamente descuidada, fue la literatura europea, donde me encontraba más a gusto, en un terreno familiar, y disfrutaba adquiriendo las obras de grandes como Thomas Mann y Albert Camus.

Antes de mi llegada Penguin no había publicado ninguna obra original de ficción. Decidí centrarme en un género, concretamente en el teatro. En ese momento la lista teatral de Penguin estaba integrada por autores como George Bernard Shaw, Christopher Fry y Terence Rattigan, y ahí se acababa lo moderno. El editor del género, Martin E. Browne, ejercía también de director y había editado, por ejemplo, las obras de T. S. Eliot. Como el lector habrá deducido del programa editorial, era un hombre más bien tradicional. Un día le pregunté por qué no publicábamos a ningún dramaturgo moderno. La respuesta me dejó de piedra: «¿Es que los hay?». La conversación tuvo lugar cuando ya se había estrenado *Mirando hacia atrás con ira*, de John Osborne, que, además de revolucionar el teatro, había sembrado toda una cosecha de dramaturgos nuevos. Me ofrecí a buscar varios ejemplos para Martin Browne. Puesto que yo seguía de cerca los acontecimientos teatrales, especialmente en el Royal Court Theatre, mira por donde tenía en casa tres libretos: *Sopa de pollo y cebada*, de Arnold Wesker, *The Hamlet of Stepney Green*, de Bernard Kops,

y *To Each His Own Wilderness*, de Doris Lessing. Llevé los tres para demostrarle que existían «obras nuevas».

En cuanto volví a verlo, me apresuré a preguntarle su parecer. Para mi sorpresa, respondió: «Son tremendamente buenas. ¿Por qué no las publicamos?».

Y así fue. Pensando en el futuro creé una colección llamada *Nuevos dramaturgos ingleses*, y lo impresionante fue que ya del primer volumen vendimos más de doscientos mil ejemplares. El libro se publicó «editado por Martin E. Browne». Todo el mundo en Penguin estaba asombrado de nuestro éxito y esperaba la salida de otros títulos. Aproveché para preguntarle a Martin si le importaba que apareciera mi nombre como editor. Se mostró un poco desconcertado, pero no puso pegas.

Aún hubo otra oportunidad de innovar Penguin, aunque esta vez gracias a una idea de Allen Lane. Tenía la intención de publicar una colección de libros de ciencia ficción con abundantes ilustraciones gráficas y en color. Como, según él, los artistas idóneos para el proyecto estaban en Suiza, me invitó a un viaje de reconocimiento del terreno en Zurich.

Era un plan fantástico. No sé por qué, pero el caso es que el día de la partida se me metió en la cabeza ir a Heathrow en mi coche, un viejo descapotable Sunbeam Alpine que no arrancó. Cuando al fin lo conseguí, estaba convencido de que resultaría imposible llegar a tiempo al aeropuerto. Durante todo el recorrido especulé con lo que haría mi jefe, porque era él quien tenía los billetes. Finalmente, cuando me precipité en facturación le vi allí, impassible, con los labios estrechos e insólitamente fríos y los puños blancos de la camisa sobresaliendo de las mangas, como siempre. Quise explicarme pero me interrumpió con brusquedad: «No digas nada. Todos vivimos sometidos al terror de perder un avión, pero nadie lo pierde si no es por accidente». Me admiró entonces, y todavía me admira.

Creo que le caí bien desde el principio o que por lo menos le intrigaba. Fuera como fuese, me invitaba con frecuencia a comer o a pasar un fin de semana en su casa de campo de Silverbeck, situada cerca de Harmondsworth, un lugar muy cómodo

para ir a la oficina. Allí guardaba todos sus ejemplares firmados de la Penguin, y eran miles.

En cierta ocasión me invitó a una gran fiesta, en la que vi algo muy raro para aquel hombre en apariencia carente de emociones. Uno de los invitados extranjeros era Ledig Rowohlt, mi preferido entre todos los editores alemanes. Llegó con su amante de toda la vida, Susanne Lepsius. Allen se enamoró de ella. Al día siguiente, cuando Rowohlt regresó a su país, Susanne se quedó con Allen y fue durante muchos años su amante. Mientras tanto, la esposa de Allen se fue a Alemania con Rowohlt, aunque la cosa no prosperó.

Llevaba un año y medio trabajando en Penguin cuando propuse a Allen que me nombrara oficialmente editor de ficción, en vista de que Eunice no aparecía. Se negó, aduciendo que no quería herirla. Aparte de que la respuesta me desagradó mucho, ya no me gustaba trabajar en Penguin; por eso, cuando Michael Howard (el hijo de Bob Wren Howard) me preguntó si estaría interesado en ser director literario de Jonathan Cape, respondí que sí. Poco después me ofrecieron formalmente el puesto y lo acepté. Más que contrariado, Allen estaba furioso. ¿Cómo era posible que me fuera con el futuro que me esperaba en Penguin? Llegó a decirme que había pensado en mí para sucederle, pero yo abrigo seriamente la sospecha de que ya se lo había dicho a una persona más, si no a dos.

UN SITIO ESPECIAL

En el mundo de las editoriales suele admitirse que desde finales de los sesenta hasta principios de los ochenta Cape fue la casa editorial más importante de Inglaterra. Contábamos con los mejores autores, hacíamos las mejores promociones y teníamos la mejor producción. Éramos tan buenos que Anthony Blond, un modesto editor independiente, llegó a decir en una conferencia que en vez de contratar un empleado para la producción, se limitaba a enviar al impresor un libro de Cape diciendo: «Házlo así».

Formábamos un equipo único y tanto para los autores como para el personal de la casa pertenecer a Cape era un lujo. Ocupábamos un edificio en Bedford Square, una de las plazas más bonitas de Inglaterra. Cada vez que se abría aquella puerta del número 30 nos invadía una sensación anticipada de felicidad. Era tan estimulante que los días se nos hacían cortos. Todos los empleados, de cualquier nivel, trabajaban horas y horas sin darse cuenta y sin que nadie lo impusiera. Aunque algunos me consideraban su superior, y debo confesar que en ciertas ocasiones atemorizaba a la gente, todos me tuteaban. Yo trabajaba a un ritmo tal que no tenía tiempo para leer ni un solo manuscrito en el despacho; era una tarea que dejaba para la noche, en casa, o para los fines de semana. Años después tuve que pedir perdón a mis hijos por haber sido un padre inaccesible.

Durante los siete primeros años en Cape fui el responsable absoluto de la contratación de libros. Salvo en el caso de la obra

nueva de los autores tradicionales de la editorial (que eran los menos), todos los libros que publicamos fueron adquisición mía. Llegó un momento en que tuve que emplear a un director editorial. Mi primera elección fue Ed Victor, que por entonces trabajaba para Weidenfeld & Nicolson. Era un joven estadounidense con estudios universitarios, sociable y muy inteligente. Estuvo con nosotros varios años hasta que su mujer, Micheline, le convenció de que yo era un «cerdo capitalista» y nos dejó para fundar una revista alternativa con Richard Neville. Posteriormente dejó a Micheline y se convirtió en uno de los agentes literarios con mayor éxito y dinero de Inglaterra.

No fue fácil sustituirle. Elegí a un agente literario llamado David Machin, con el que no me entendí mal, y ni él ni yo tuvimos la culpa de que la «chispa» se apagara. Costó varias comidas y muchas semanas convencer a Liz Calder de que dejara Gollancz para unirse a nosotros. Su llegada me encantó, porque era sin la menor duda una de las mejores directoras editoriales de Londres. Trabajamos juntos hasta que la invitaron a ser miembro fundador de Bloomsbury. Ante una oferta tan irresistible, la perdimos.

Antes de contratar a nuestro primer director literario empleé a varios lectores a tiempo parcial. Más de una vez advertí que la tarea apasionaba a las mujeres de mis amigos, que además lo hacían muy bien. Entre ellas puedo citar a Claire Tomalin, casada con mi amigo Nick Tomalin, al que mataron en los Altos del Golán, y a Jane Miller, la mujer de Karl Miller.

Me sentí orgulloso el día en que Patsy, nuestra maravillosa recepcionista, dijo que captaba mi presencia en el edificio aunque no me hubiera visto entrar. Hacia el final de la jornada merodeaba un poco por los despachos, donde siempre me encontraba con uno o dos autores que se habían dejado caer para tomar un té y, con menor frecuencia, una copa. Graham Greene y yo éramos los adelantados. Muchos días llegábamos los primeros (de 8 a 9 de la mañana) y nos íbamos los últimos (de 7 a 8 de la tarde). Era un placer que todos depositáramos la misma pasión y el mismo compromiso en el trabajo. El único lujo que me permití en la oficina fue contratar un profesor de yoga, aunque compartía las cla-

ses con todo el que lo deseaba, de modo que acabamos siendo unos veinte, todos mejores que yo, y cada cual pagaba su parte, que era una cifra mínima. Parecíamos una familia feliz.

En aquella época se creó el Premio Allen Lane, que concedía al mejor editor un pesado objeto de bronce de unos cincuenta centímetros. Distinguía la excelencia en todos los órdenes. El primer año lo ganamos; el segundo, no; pero el tercero y el cuarto lo volvimos a ganar. Luego se abandonó.

Comprendo que la afirmación es extravagante, pero dudo mucho de que durante mis treinta años en Cape invirtiera más de una hora a la semana en hacer algo que no me gustara. Fue una suerte que Graham asumiera sin protestas todas las tareas difíciles (para mí): finanzas, jubilaciones, departamento de ventas, seguros, departamento de producción y, lo más exigente de todo, libelos. Esto aparte, a Graham le encantaba ser director o presidente de otros consejos: director de Greene King, la compañía cervecera familiar, presidente de la Asociación de Editores y presidente del Museo Británico. Por mi parte, con la excepción de la Asociación de Editores Jóvenes, en mis tiempos de principiante, jamás en mis cuarenta años de oficio me senté en un comité. Invertí todas mis energías en la edición y la promoción dentro de la editorial. Nuestras reuniones de ventas eran un acontecimiento promocional sin parangón en otras editoriales. Me parecía esencial que la presentación del libro corriera a cargo de los que se habían ocupado de él con mayor pasión, es decir los lectores, los editores y yo, no los comerciales. Estoy convencido de que la editorial es la responsable del éxito de un libro, porque el entusiasmo que la obra ha producido dentro de la casa se contagia al mundo exterior. Antes de mi llegada, sólo el estrecho círculo de la edición asistía a las reuniones de ventas; en cambio yo invitaba a la empresa entera, incluidas todas las secretarías y todos los empleados de la recepción.

Graham y yo trabajábamos en despachos contiguos, conectados por unas enormes puertas dobles. El suyo, algo más pequeño, tenía la ventaja de dar a Bedford Square. El mío era más ancho, pero daba a la trasera del edificio. Jamás llamábamos a la

puerta; cruzábamos con toda libertad de un despacho a otro para hablar casi exclusivamente de negocios. A veces le comenté algún aspecto de mi vida personal, pero él no decía casi nada de la suya. Su padre era Hugh Carlton Greene, el director general de la BBC, y su tío (hermano de Hugh) el famoso escritor Graham Greene. Su madre, Helga Greene, ejerció de agente literaria y no es un secreto para nadie que tuvo un largo amorío con uno de mis héroes, Raymond Chandler, cosa que, como es lógico, Graham nunca mencionó.

Elaine Greene, su madrastra (también agente literaria), me contó que Greene era famoso (en sentido peyorativo) por su reserva. Un ejemplo. Una vez a la semana Graham y yo comíamos con tres colegas importantes en Bertorelli's, un restaurante italiano a cinco minutos andando de nuestras respectivas oficinas. Un día en el que Graham estaba ausente, al llegar a nuestra mesa habitual nos encontramos una botella de champán metida en hielo, con una tarjeta en la que se nos invitaba a brindar por Graham y su flamante segunda esposa. Por la tarjeta nos enteramos de que en el preciso instante en que llegáramos a Bertorelli's se estarían casando. Lo que más me irritó no fue que Graham se casara sin decirme una palabra, sino que fuera con una persona que yo no había visto en mi vida. A pesar de todo, trabajamos un cuarto de siglo en absoluta armonía, confiando ciegamente el uno en el otro, apoyándonos siempre y sin interferir en el trabajo del otro. Claro está, nos consultábamos algunas decisiones importantes, pero nada más. Graham tenía el cargo de director gerente y yo el de presidente, pero lo mismo podría haber sido al revés. Él se ocupaba de los intereses cotidianos del personal; yo del interés de nuestros autores.

La gente se mataba por colarse en la fiesta que celebrábamos todos los años, considerada con gran diferencia la fiesta literaria más divertida del año. No invitábamos a la prensa porque no era nuestra intención darle bombo. Cuando nos llamaba *The Times*, y ocurría con frecuencia, para enviar un fotógrafo, nuestra respuesta era «lo sentimos, pero no». Invitábamos a la gente que nos gustaba (autores y algunos agentes literarios) y sólo a ellos.

Era una fiesta con una cualidad especial, difícil de definir, que se debía sobre todo a los invitados, aunque yo creo que algo hacía la comida, que era «de verdad», no de *catering*. Siempre se celebraba a principios de diciembre, y más de un autor me preguntaba ya en octubre por la fecha exacta para estar seguro de no perdérsela.

LA AMÉRICA HISPANA

Mi primera aventura en territorio hispanoamericano entra por completo en la categoría de golpe de suerte, que en este caso podría calificarse hasta de prodigio. Poco después de la revolución cubana, la Casa de las Américas (el núcleo cultural de Cuba) me invitó a visitar el país con gastos pagados. Ya en La Habana descubrí que me habían elegido para formar parte del jurado que iba a seleccionar la mejor novela del año en español. Para mi vergüenza no leía español (lo hablo un poco), pero es que nadie se había preocupado de comprobarlo, ni siquiera de comunicarme la finalidad de la invitación. Pese a todo, pregunté si podía asistir a las sesiones del jurado. Ningún problema. En las discusiones se oía con frecuencia el título no de una novela sino de una colección de relatos, *El coronel no tiene quien le escriba*, que era el primer libro de un colombiano desconocido, un tal Gabriel García Márquez.

Tres semanas después, de regreso a Londres, hice mis averiguaciones. Resultó que la agente de García Márquez era Carmen Balcells, representante en aquella época de la mayoría de los escritores hispanoamericanos. Después de mucho regatear llegamos a un desenlace sin precedentes, que fue firmar un contrato por los relatos como parte de un acuerdo para cinco libros. La publicación de novelas en proceso de traducción es tan especulativa y suele resultar tan poco provechosa que nunca, ni antes ni después, he contratado más de un libro a la vez. *El coronel no tiene quien le escriba* era, según mis noticias, una obra de calidad, nada

apoteósico. Si el lector se pregunta el porqué de aquel contrato sin precedentes, lo comprenderá a su debido tiempo.

Conocí a Gabriel García Márquez en Londres. Yo sabía que estaba en la ciudad y esperé su llamada. Cuando por fin llamó y quise saber cuánto tiempo llevaba en Londres, me dijo que tres meses. ¿Cuánto tiempo más pensaba quedarse? Dos días. A mi pregunta de por qué no había llamado antes respondió que quería hablar conmigo en inglés, pero como aún lo chapurreaba cambiamos al francés y conseguí convencerle de que viniera a comer al día siguiente.

Aunque tenía pinta de despistado, resultó que poseía un conocimiento preciso de la historia de nuestra editorial. Estaba al tanto del contrato de los cinco libros y de que sus obras no habían ido bien en Inglaterra. Entonces hizo esta memorable afirmación: «No se preocupe por el dinero, mi próximo libro hará historia y se venderá sin medida». No era un acto de vanidad; me estaba comunicando una convicción. Aquel libro, el quinto de nuestro contrato, fue *Cien años de soledad*. Naturalmente, valió la pena.

Cuando volví a ver a Gabo, como le llaman sus amigos, ya se había publicado *Cien años de soledad* y él era un dios en la América de habla hispana. Todo el mundo, desde los profesores universitarios hasta los barrenderos de las calles, leía sus libros, que no se vendían sólo en las librerías sino también en los quioscos de prensa. Nunca he conocido un fenómeno igual con una obra literaria.

Me alegra decir que en su siguiente visita a Inglaterra avisó con unos días, lo que nos permitió preparar una modesta cena en su honor, y le pedimos que viniera con Mercedes, su esposa, un poco antes que el resto de los invitados. Mientras le teníamos solo para nosotros, aproveché para enseñarle un pequeño trofeo del que me sentía muy orgulloso: un ejemplar extremadamente raro de las pruebas de imprenta de *Cien años de soledad* que, ante mis ruegos, firmó a regañadientes, añadiendo con su habitual sentido del humor que había pedido a su editor que imprimiera una edición facsímil de diez mil ejemplares para «acabar con este absurdo, porque –dijo, señalando mi copia– eso puede valer cinco mil dólares».

KINGSLEY AMIS

Las pocas veces que vi a Kingsley Amis me pareció una persona aborrecible. Estaba siempre tan borracho que sospecho que nunca se acordaba de haberme visto. Para el mundo era famoso por haber escrito *La suerte de Jim*, una de las novelas más célebres de nuestra época y también de las más divertidas, aunque dudo de que él se considerara famoso.

Cuando nos conocimos estaba casado con Hilly y tenían tres hijos, Philip, Martin y Sarah, pero en el Cheltenham Festival se enamoró de Elizabeth Jane Howard. Yo no estaba presente, pero recuerdo los hechos casi al día. Jane, que por entonces era muy amiga mía, me llamó desde Cheltenham para contarme, llena de entusiasmo, que le había conocido. Se fueron a vivir juntos enseguida, primero en Maida Vale y luego en una casa de campo grande con un inmenso jardín en Barnet. Fue un acuerdo, puesto que Jane quería vivir en el campo y Kingsley en Londres.

Jane era una de las autoras veteranas de Cape (es decir, había publicado antes de mi incorporación) y también la más joven y, con gran diferencia, la más tratable de ese grupo. Los otros eran Elizabeth Bowen, C. Day-Lewis y el incomparable Ian Fleming.

Jane me invitaba con frecuencia a cenar con Kingsley y ella. Me sorprendió que me cayera bien y creo que me correspondía, y eso que yo representaba la antítesis de sus gustos. No era ni erudito ni ingenioso y –tal vez mi mayor defecto desde su punto de vista– no bebía, quiero decir que no bebía en exceso. La bebida era común a todos los amigos de Kingsley, aunque él adminis-

traba sus borracheras con una disciplina asombrosa. Dejando aparte las grandes ocasiones, se reprimía hasta las cinco y media. Más de una vez le vi empezar a mirar el reloj a las cinco, pero no cedía. Aun así, la más importante de sus disciplinas era su horario de trabajo hasta las establecidas cinco y media, todos los días, mañana y tarde, y a veces también los fines de semana. Su concentración era tal que podía descolgar el teléfono en plena frase y continuarla al colgar, como si no se hubiera interrumpido.

Me satisfizo que quisiera publicar en Cape. Pedí a su agente, que por entonces era también el que llevaba a Jane, que se lo comunicara a Gollancz, con quien había editado siempre. Yo nunca se lo habría insinuado porque Kingsley era una figura muy ajena para mí, pero al conocernos me di cuenta de que también era un hombre tierno y afectivo, sentimental e incluso físicamente cercano, que besaba y abrazaba a los hombres tanto o más que a las mujeres, y me apresuro a decir que no tenía tendencias homosexuales.

Un día, con vergüenza y casi con apuro, me invitó a unirme a ellos para hacer un crucero por el Mediterráneo en un yatecito que había alquilado. Naturalmente acepté encantado. Fue tan generoso conmigo que hasta me compró el billete de vuelta a Atenas.

Veamos ahora alguno de sus defectos. Todo lo que tenía de meticuloso para su propia obra lo tenía de prosaico, por decirlo finamente, para la literatura. Tólstoi, Chéjov y Dostoyevski no habían escrito más que «mierda» (en caso de protesta, sólo admitía que el sustantivo podía no ser aplicable leyendo la obra en el ruso original). Casi todos los libros «extranjeros», contemporáneos o no, tres cuartos de lo mismo, cosa que aplicaba a toda la literatura europea, ya fuera alemana (Thomas Mann), francesa (Albert Camus) o italiana (Italo Calvino); la mayor parte de los autores estadounidenses, por ejemplo Saul Bellow, recibían la misma condena.

Dado lo anterior, no me sorprende que Kingsley menospreciara la obra de su hijo Martin, pero sí que en una fiesta del Polish Club para celebrar la publicación de una novela de Martin, le dijera que el libro era ilegible y aprovechara para añadir que nunca había podido pasar de las primeras páginas de las restantes novelas de su hijo. Una actitud tan pasmosa que yo no lo ha-

bría creído de no haberme encontrado en ese momento al lado de Martin. Era la época en que Kingsley se acababa de separar de Jane para mudarse a casa de Hilly, su primera esposa, y el marido de ésta, arreglo que, por raro que parezca, funcionaba para todas las partes. Hilly cuidaba de Kingsley y le pagaba las deudas. Martin, por su parte, se comprometió a invitar a cenar a su padre una vez a la semana. Era un santo.

Pocas veces he conocido un hombre con tantas contradicciones como Kingsley. Se mostraba divertido y alegre, pero en lo más hondo (y en secreto) era un hombre desgraciado. Esas oscilaciones de su estado de ánimo explican la amistad que entabló con Philip Larkin. Otra de las sorpresas de su carácter es que adoraba la música, tanto el jazz como la clásica. Su otra gran pasión era, cómo no, el alcohol. Se emborrachaba en el pub de la localidad (su mayor diversión) o en lo que él llamaba un restaurante «decente». El Miravelle daba la talla, por eso le invité allí para celebrar la publicación de *Todos queremos ser jóvenes*, donde antes de empezar ya se había bebido tres whiskeys dobles, a los que siguió una botella de Beaune, una de Vosne Romanée y otra de Volnay. Por mi parte, ayudé un poco con los vinos, mientras que él remataba la cena con un Grand Marnier y un Courvoisier. Finalmente, aunque parezca mentira, se tomó un vaso doble de un oporto de reserva. Tuve que llamar un taxi, aunque más que llevarle en coche lo que Kingsley necesitaba era que le llevaran hasta el coche. (Incluso sobrio, Kingsley era incapaz de coger un taxi él solo; por raro que parezca, era un hecho que le amedrentaba).

Mientras el taxi se alejaba en dirección a casa de la por lo visto siempre paciente Jane, yo me preguntaba qué pensaría él. Aun en su estado, algo tendría que decir de lo ocurrido con la novela; aunque creo que aquel día rebasó su propia medida y es probable que se durmiera sin más.

LA FERIA DEL LIBRO DE FRANKFURT

La Feria del Libro de Frankfurt, la mayor del mundo, comenzó siendo un escaparate de las editoriales alemanas en el que se exhibían las novedades para los libreros, pero poco a poco se fue haciendo internacional, y en la actualidad haría falta una semana para recorrerla entera. En la práctica, los libreros han desertado, y lo que ahora se compra y se vende en las casetas que cada editorial alquila conforme a su tamaño son derechos. Después de asistir treinta y cinco años seguidos, mantengo con el tinglado la misma relación de amor-odio que la mayoría de los editores, agravada en mi caso porque si he de visitarla me veo obligado a pisar Alemania, cosa que no haría por ningún otro motivo.

Tradicionalmente yo recalaba en la caseta italiana de Feltrinelli antes que en ninguna otra por si tenía la suerte de encontrarme con Giangiacomo y su mujer Inge. La Feltrinelli tiene una historia impresionante. Giangiacomo era al mismo tiempo comunista y uno de los hombres más ricos de Italia, y fue su ideología lo que le animó a introducirse en el mundo editorial para publicar textos de izquierdas accesibles a los estudiantes. En dos años adquirió los derechos de *Doctor Zhivago*, de Borís Pasternak, y de *El gatopardo*, de Giuseppe Tommasi di Lampedusa. Decir que esas dos obras lanzaron la editorial es decir poco. Unos años después Giangiacomo fue asesinado y su cuerpo hallado al pie de un poste eléctrico. Nunca se supo por qué. Tras su muerte, la exuberante, generosa y adorable Inge tomó las riendas del negocio,

que dirige desde entonces, junto con la floreciente y fabulosa cadena de librerías Feltrinelli, ayudada por su hijo Carlo.

Desde Feltrinelli solía encaminar mis pasos a la caseta de Suhrkamp, que dirigía Siegfried Unseld, un hombre arrogante, tan fuerte de cuerpo como de cabeza. Allí estaba él, en su caseta, el año en que me enteré de la existencia de Uwe Johnson, un joven escritor de Alemania Oriental que hacía furor en las dos Alemanias. Leí *Conjeturas sobre Jacob* en alemán, y aunque no puedo decir que me convenciera compré los derechos británicos, una decisión que me congració con Unseld (con quien no estoy muy seguro de que quisiera congraciarme).

Esto me lleva a Gallimard, la dinastía literaria francesa que fue durante muchos años la gran editorial de Francia y que reúne bajo su sello más autores premiados que ninguna otra. Sus excelentes empleadas, que invariablemente conocían su oficio, me enseñaban la lista de «futuros» con todo lujo de detalles durante un proceso que a veces podía llevarnos una hora. Claude Gallimard no solía aparecer por la Feria; él, como otros grandes jefes, recibía a su corte en el hotel.

En cuanto a los hoteles, había dos de muy difícil acceso. El Frankfurter Hotel, un edificio de estilo antiguo y atractivo superficial, situado en el centro, con un servicio espantoso, donde podían tardar una hora en subirte el desayuno a la habitación en caso de que se te ocurriera la insensatez de pedirlo. El otro era el Hessischer Hof, próximo a la Feria. Si tenías la suerte de lograr una reserva, a no ser que quisieras gastarte mucho dinero, te alojaban en un diminuto armario escobero con vistas a una avenida ruidosa. El hotel tenía un bar llamado Jimmy's, que el mundo de las letras consideraba el local de reunión más atractivo de Frankfurt. Cierta noche estuvimos allí unos cuantos tomando una copa con Cohn-Bendit, el estudiante rebelde. La dirección no hizo el menor comentario, pero, mira por donde, al año siguiente no nos confirmaron la reserva a ninguno de los presentes en aquel momento. Así perdí incluso mi armario escobero.

Jimmy's fue también el escenario de una anécdota muy divertida. Había un grupo de editores de varias nacionalidades, entre

los que estaba Tom Rosenthal, jugando a nombrar al autor de cuyo descubrimiento se sintieran más orgullosos. Cuando le llegó el turno, él nombró a Ian McEwan, lo que me dejó de piedra, y supongo que también a todos los presentes, porque Rosenthal fue el editor que perdió a McEwan por empeñarse en que escribiera una novela antes de publicar su soberbia colección de relatos.

Por las noches algunos editores daban cenas privadas y en ciertas ocasiones el anfitrión añadía uno o varios autores al inevitable grupo de colegas. Recuerdo que en la fiesta de Hanser pasé una velada especialmente deliciosa con Umberto Eco, el autor de *El nombre de la rosa*, al que había imaginado un hombre adusto por el hecho de ser profesor de filosofía. ¡Qué equivocado estaba! Una cena muy diferente era el buffet que ofrecía Bertelsmann, al que se invitaba a unas mil personas. Si llegabas a primera hora (antes de que la asaltaran los chacales) el aspecto de la mesa te deslumbraba; era el buffet más espectacular que he visto en mi vida. La velada llegó a ser tan famosa que Bertelsmann tuvo que contratar un servicio de seguridad para asegurarse de que sólo se admitía a sus invitados. No obstante todas esas cenas, mi mayor placer es siempre pasar una velada *à deux* con un amigo de verdad, y mi amigo más querido en Frankfurt ha sido Roberto Calasso, el fundador de una de las mejores editoriales aparecidas en Italia en los últimos años y, por si fuera poco, él mismo un gran escritor, cuya obra me precio de publicar en el Reino Unido. Nuestros gustos literarios son muy parecidos; por ejemplo, entre los contemporáneos compartimos una gran pasión por Bruce Chatwin.

Otro tipo de acontecimiento es la visita de un personaje invitado para lanzar un libro en la Feria. Por lo general no me molesto en acudir a esas recepciones, con la excepción en los últimos años del lanzamiento de Muhammed Ali, al que asistí simple y descaradamente por ver al hombre en carne y hueso. Hasta tuve la suerte de salir de allí con una fotografía de los dos.

Otro acontecimiento especial digno de mención es la entrega del Premio de la Paz, a cuya gala, que se celebra en la catedral, no suelo asistir. Sin embargo, acudí el año en que lo recibió el editor británico Victor Gollancz. Me sentí horrorizado al

oírle decir (a él, un judío bautizado): «No me gustaba Hitler, pero su pobre alma atormentada debería descansar en paz». Hablaba en alemán, y aunque las he traducido aquí precisa y literalmente, son desde luego sus palabras alemanas las que aún resuenan en mi cabeza.

He dejado para el final el mayor acontecimiento social de Frankfurt: la comida que celebraba el Deutsche Bank, dueño de algunas de las editoriales más importantes de Alemania, en el ático del piso veintiocho de su sede, cuya invitación, reservada casi en exclusiva a los directores de las editoriales, se consideraba un gran honor. Es más o menos como en el *Quién es quién*; una vez que entras en la lista te quedas en la lista. Todos los invitados cumplen con puntualidad el requisito de llevar chaqueta y corbata. Por mi parte, confieso que asistía por asistir, aunque habría preferido una frankfurter o una bratwurst en uno de los puestos móviles que hay en el exterior de la Feria. No obstante, acudí a la fiesta del Deutsche Bank año tras año hasta 1994. En aquella ocasión, como siempre, iba preparado para el acontecimiento con una corbata en el bolsillo de la chaqueta. Llegué a pie (algunos editores alquilan una limusina), comprobaron mi nombre en la lista de invitados y me catapultaron hasta el piso veintiocho, donde el bar ofrecía todas las bebidas imaginables. Media hora más tarde anunciaron la comida, y me situé en la cola para entrar al comedor. Estuve unos minutos, pero entonces, en vez de seguir a los demás, me deslicé hasta el ascensor y pedí que me bajaran. Salí a la calle y me encaminé a la Feria, dejando el banco a mis espaldas mientras me quitaba la corbata y experimentaba una sensación de libertad. A partir de ese momento decliné la invitación durante varios años. Al final, dejé de recibirla.

EDITOR

Tom Mashler
Editorial Trama

256 páginas
ISBN 978-84-89239-98-2

Tom Maschler ha sido una de las figuras más importantes del mundo de la edición inglesa en la segunda mitad del siglo XX. Después de un breve recorrido por editoriales como André Deutsch, MacGibbon & Kee y Penguin, recaló en la editorial Jonathan Cape como director editorial, y al cabo de los años terminó siendo su presidente.

En cerca de cuarenta años de trabajo en Cape, Tom Maschler editó a la mayoría de los escritores que han dejado su impronta en la literatura de las últimas décadas. Además de autores como Ian McEwan, Julian Barnes, Martin Amis, Bruce Chatwin, Roald Dahl y Doris Lessing, fue el responsable de introducir a los lectores ingleses a Kart Vonnegut, Tom Wolfe, Gabriel García Márquez...

A lo largo de estas páginas, quien ha sido considerado el editor inglés de más alto perfil y éxito de estos años hace un recorrido por su trayectoria personal y profesional a partir de su visión, a veces dulce y otras muy ácida, de esos autores que han escrito uno de los catálogos editoriales más brillantes en la historia.

Tom Maschler nació en Berlín en 1933, y tuvo que exiliarse con su familia a Viena, y posteriormente a Londres, cuando aún era un niño. Después de una importante carrera en el mundo de la edición, Maschler divide ahora su tiempo entre Francia e Inglaterra. Está casado y tiene tres hijos.

Terminamos de imprimir Editor en abril de 2009, recordando con simpatía a Goethe: "Todos los editores son hijos del diablo. Para ellos tiene que haber un infierno especial".

¿Te ha gustado el fragmento de este libro? ¿Te gustaría comprarlo?

[Comprar el libro](#)

[Ver otros libros de esta editorial](#)